

03

# Palabras de consuelo en la desolación

Sermón de las siete palabras de  
Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz



Joan Galtés i Pujol  
Canónigo de la SE. Catedral de Barcelona

Anima  
Sedis





**Consejo Editorial**

Excel·lentíssim Capítol de la Catedral de Barcelona

**Diseño gráfico y maquetación**

**DISCRE  
PAN·TIA**



**Gasulla**  
Comunicació

© **de la edició:** Catedral de Barcelona  
Pla de la Seu, s/n  
08002, Barcelona

© **de los textos:** el autor

© **de les imàgenes:**  
Catedral de Barcelona, fotógrafo: Guillem F. Gel

Abril 2019  
ISBN PENDIENTE  
DL PENDIENTE

[www.catedralbcn.org](http://www.catedralbcn.org)  
[publicacions@catedralbcn.org](mailto:publicacions@catedralbcn.org)

**SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS**  
de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz  
10 de abril de 2020

**Joan Galtés i Pujol, pbro.**

Canónigo del Cabildo Catedral de Barcelona



# Prólogo

Me complace presentar este *Sermón de las siete palabras de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz*, obra del Rvdmo. Joan Galtés i Pujol, provicario general de la archidiócesis de Barcelona, canónigo de la Catedral, párroco de la parroquia de Sant Gregori Taumaturg e historiador de la Iglesia.

Año tras año, el Viernes Santo, a las tres de la tarde, la hora litúrgica del rezo de Nona, la plaza de la Sede barcelonesa queda atestada de fieles para escuchar en reverencial silencio la voz de Nuestro Señor que nos habla desde la Cruz. La imagen que preside tal momento de plegaria, fuera del templo catedralicio, no puede ser otra ese día que la del Santo Cristo de Lepanto. Cada año somos puntuales al encuentro de una plegaria larga y contemplativa, fijos nuestros ojos ante esta imagen tan venerada y querida en nuestra archidiócesis.

Pero este año la meditación de las siete palabras de Jesús crucificado, como dice mosén Galtés, «nos encuentra a todos en un momento de particular sufrimiento a causa de la pandemia». Vivimos un Viernes Santo totalmente excepcional, confinados en nuestros hogares, con una cantidad impresionante de enfermos hospitalizados, sin poder estar cerca de nuestros familiares y amigos afectados por el coronavirus, sin poder despedirnos celebrando funerales por nuestros hermanos difuntos, sin poder vivir el duelo con abrazos reconfortantes. Y he aquí que, en estas circunstancias, quien viene y se acerca a nosotros, y nos conforta en medio del dolor, es Aquél a quien sentimos más que nunca, de manera excepcional y significativa: el Cristo de nuevo crucificado.

Así pues, con la ayuda de las sabias y hermosas meditaciones del canónigo Joan Galtés, llenas de humanismo cristiano, penetramos en el corazón del Señor que nos dirige sus siete últimas palabras desde la Cruz, amándonos hasta el extremo.

Estimado lector o lectora, haz caso del buen consejo de San Ignacio de Loyola y, tal como él sugiere en sus Ejercicios Espirituales, «como si estuviese presente», acude a estas páginas como si un año más te hallases ante la imagen del Santo Cristo de Lepanto a las tres de la tarde, en la plaza de la Catedral el Viernes Santo. Deja que el Crucificado te dirija sus últimas siete palabras, «palabras de consuelo en la desolación».

† Sergi Gordo Rodríguez

Obispo Auxiliar de Barcelona y canónigo del Cabildo Catedral







**Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen**

*Pater dimitte illis, non enim sciunt, quid faciunt* (Lucas, 23:34)

**En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso**

*Amen dico tibi hodie mecum eris in paradiso* (Lucas, 23:43)

**Mujer, he ahí a tu hijo. He ahí a tu madre**

*Mulier ecce filius tuus [...] ecce mater tua* (Juan, 19: 26-27)

**Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?**

*Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me* (Mt, 27: 46 y Mc, 15: 34)

**Tengo sed**

*Sitio* (Juan, 19: 28)

**Todo está cumplido**

*Consummatum est* (Juan, 19: 30)

**Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu**

*Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* (Lucas, 23: 46)



# Introducción

Hermanos y hermanas:

La meditación de las Siete Palabras de Jesús crucificado de este Viernes Santo nos halla a todos en un momento de particular sufrimiento a causa de la pandemia. He preparado esta meditación precisamente durante estos días de confinamiento, con el deseo de que las palabras de Jesús nos sitúen en el camino que Él ha hecho, llevando encima de sí nuestras inquietudes, nuestros sufrimientos y nuestras culpas. Es la meditación que nos introduce en el corazón del Cristo crucificado, siempre abierto, de donde manan para nosotros la vida, el consuelo y la salvación. Así, esta práctica tradicional de devoción cristiana nos interna directamente en el núcleo central del misterio de nuestra salvación.

Las Siete Palabras de Jesús en la cruz son, propiamente, las siete últimas frases pronunciadas por Jesús crucificado, relatadas por los evangelistas Mateo, Lucas y Juan. Palabras que son pronunciadas en una situación muy concreta y decisiva: la Cruz. Es decir, palabras pronunciadas en un momento de abandono, de tristeza, de agonía; clavado en la cruz, bajo aquel tormento brutal e insoportable, Jesús manifiesta aún su misericordia, su perdón, la compasión hacia su madre, la confianza en el amor del Padre...

Por eso, las Siete Palabras han sido siempre muy queridas por los cristianos de cada época y han sido objeto de meditación, de reflexión, de devoción popular, incluso de arreglos musicales, en diversos momentos de la historia. También nosotros queremos acoger hoy la riqueza de espiritualidad que proviene de las breves pero densísimas frases de Jesús muriendo en la cruz, que tenemos que meditar una y otra vez con toda la atención de la que sea capaz nuestro corazón.

## PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN



### A propósito de la primera Palabra:

«Cuando llegaron al sitio llamado de la Calavera (Gólgota), crucificaron a Jesús y a los dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”» (Lc 23, 33-34)

El septenario de palabras de Jesús en la cruz empieza con la palabra padre, probablemente pronunciada en arameo, *abbá*, subyacente al vocativo griego *πάτερ*, que nos ofrece el evangelista Lucas. Una palabra que indica la intimidad familiar que existe entre el hijo y el genitor, que Jesús usa varias veces y que nos ha enseñado en el *Padrenuestro*. En aquellas horas dramáticas, Jesús crucificado mantiene el

vínculo de diálogo íntimo con Dios Padre. A Él confía el supremo acto de perdón hacia aquellos que quieren destruir su existencia, condenándolo, humillándolo y torturándolo.

Este ruego de Jesús a su Padre siempre se ha entendido como un acto de intercesión. Jesús desde la cruz no sólo implora el perdón para sus verdugos, sino que abarca a toda la humanidad. En la cruz, no deja de ser el Hijo de Dios que hace suyo el pecado del mundo y, por ello, implora para toda la humanidad el perdón divino. Hemos de reconocer, como creyentes que somos, que el perdón, antes que nada, es una gracia de Dios, como acierta un proverbio que dice: «errar es humano, perdonar es divino». Por eso el perdón es un acto que trasciende una pura ética humana, expresada en el binomio delito-castigo, para convertirse en un acto trascendente modelado en la misericordia de Dios que perdona.

Esta escena evangélica conmovedora del perdón de Jesús manifiesta definitivamente aquello que Jesús ha hecho a lo largo de su vida: acercarse a los pecadores ofreciéndoles el perdón de Dios. Y el perdón de Dios tiene un precio, el precio de la cruz de Cristo. El pecado puede ser terrible, pero el pecador siempre es amado. Hermanos y hermanas, acojamos este don inmerecido de la misericordia de Dios, la gracia de su perdón: ¡Señor, con vuestra sangre nos hemos redimido!

En consecuencia, la actitud de Jesús resulta un modelo y un ejemplo para que nosotros lo sigamos. Somos llamados a poner el amor y el perdón en el centro de nuestra vida y de nuestras comunidades, sin usar dos disposiciones: esperando el perdón de Dios y no queriendo concederlo a los demás. *«Padre... perdona nuestras culpas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».*

## HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO



### **A propósito de la Segunda Palabra:**

*«Uno de los malhechores allí colgados le insultaba, diciéndole: ¡Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros! Pero el otro reprendió a su compañero diciendo: ¿No temes a Dios, tú que estás sufriendo el mismo castigo? Nosotros padecemos con toda razón, pues recibimos el justo pago de nuestros actos; pero este no ha hecho nada malo. Luego añadió: Jesús, acuérdate de mí cuando comiences a reinar. Jesús le contestó: Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.» (Lc 23, 39-42)*

Jesús, que había acogido durante su vida a publicanos y pecadores, enfermos i marginados, termina su existencia terrena entre dos malhechores. Sufre, como ellos, la pena más infame, el *servile supplicium* de la cruz (Tácito, Historias, IV, 11,3), reservada a los esclavos y delincuentes.

Nos viene a la memoria, de forma espontánea, aquel episodio de la madre de los discípulos Jaime y Juan, los hijos de Zebedeo, que pide a Jesús con vanidad que, cuando instaure su reino, sus hijos se sienten uno a su derecha y el otro a su izquierda. Paradójicamente, en esta hora suprema, en que en la cruz aparece fijado el título: «Jesús de Nazaret, el rey de los judíos», Jesús sólo encuentra a su derecha y a su izquierda dos malhechores.

En estos momentos dramáticos de la crucifixión, uno de los compañeros de suplicio le injuriaba diciendo: «*¿No eres el Mesías? ¡Pues sálvate a ti mismo y a nosotros!*». Todavía se perpetuaba aquí el equívoco sobre un mesianismo político-teocrático, que el mismo Jesús había desmentido durante su vida y ahora quedaba definitivamente desmentido en la cruz. Lo explica de modo magnífico la carta a los Filipenses: «*Él, que era de condición divina, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres. Tenido por un hombre cualquiera, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. 9 Por lo cual Dios también le exaltó, y le confirió el nombre que está sobre todo nombre...*» (Fil 2, 6-9).

El otro condenado, en cambio, proclama la inocencia de Jesús, «*Este no me ha hecho ningún mal*», y realiza un acto admirable de arrepentimiento y de conversión, «*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*».

Queda claro que este reino no es una soberanía temporal o de dignidad terrena, sino un proyecto divino de justicia y de verdad, de paz y de salvación, que trasciende la historia y que tiene su pleno cumplimiento más allá de la muerte. De aquí viene la respuesta de Jesús: *«te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso»*.

Tres palabras esenciales y luminosas pronunciadas por Cristo: *hoy, conmigo, en el paraíso*. Palabras que revisten una especial solemnidad y que conviene reflexionar.

El *hoy* prometido por Jesús es el hoy de Dios, un hoy permanente y eterno. El don que Jesús promete a su interlocutor no es la supresión de la condena ni de la pena que sufre, sino el don de la plena salvación. Un don trascendente, ofrecido en aquel momento concreto, pero destinado a ser eterno.

*Conmigo* es una expresión clara, que San Ambrosio en su comentario al Evangelio de Lucas explica así *«La vida es estar con Cristo, porque donde está Cristo, allí está su Reino»*. Es así, aquel malhechor convertido encuentra la salvación prometida en la comunión con Cristo. Estar con Cristo significa estar en su gloria, participar de su vida eterna. Este conmigo de Jesús representa una novedad radical con respecto a la inmortalidad derivada necesariamente del alma humana, como defendía la filosofía clásica (cfr. Platón). En cambio, para la fe cristiana es un don de la comunión con el Señor, una comunión que está en el centro de nuestra espiritualidad, *«iremos al encuentro del Señor y estaremos con Él para siempre»* (Ts 4, 17).

Consideremos, finalmente, el término *paraíso*. En el Nuevo Testamento este término aparece pocas veces, en concreto lo encontramos en el libro del Apocalipsis, en la carta a la Iglesia de Éfeso, en que dice: *«A aquellos*

*que salgan vencedores, les concederé comer el fruto del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios» (Ap 2,7).* Se trata de la entrada al paraíso perdido, del cual fueron expulsados los primeros padres, donde se encuentra el árbol de la vida y de la comunión con Dios. El fruto de este árbol ya no está prohibido, sino que es ofrecido a los vencedores de este mundo.

Así pues, *paraíso* es sinónimo de otros conceptos bíblicos, como ahora los del *cielo*, *bienaventuranza eterna*, *Jerusalén santa*... que expresan aquel estado de felicidad supremo y definitivo que poseen los que han muerto en Cristo y forman la Iglesia celestial. Viven en comunión con el Dios Trino y unidos a María y con todos los santos, *ven a Dios cara a cara* (1 Cor 13,12).

Aquel crucificado, al que llamamos popularmente el *buen ladrón*, optó en el último momento por creer y confiar plenamente en el Cristo y obtuvo la salvación. Podemos decir, sin duda, que es un santo canonizado directamente por Jesucristo, *«hoy estarás conmigo en el paraíso»*. Desde esta perspectiva comprendemos que a todo el mundo se le ofrece la posibilidad, ni que sea en el último momento, de borrar el propio mal y entrar en el paraíso, si uno se arrepiente y acoge la salvación que Cristo nos ofrece. Nadie queda excluido de la salvación, porque *«Dios ha querido tanto al mundo que ha entregado a su Hijo Unigénito para que no se pierda ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna»* (Jo 3, 16)

Hermanos y hermanas: este aspecto tan decisivo vale para nosotros. Jesús crucificado y resucitado nos ofrece su perdón, su gracia, su misericordia, si nosotros reconocemos nuestra miseria. ¡Señor, acuérdate de nosotros!

**MADRE, AQUÍ TIENES A TU HIJO**

**HIJO, AQUÍ TIENES A TU MADRE**



**A propósito de la Tercera Palabra:**

*«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y junto a ella al discípulo a quien él quería mucho, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Desde entonces, aquel discípulo la recibió en su casa» (Jn 19, 25-27)*

La tercera palabra trata de la custodia mutua de María y Juan, pero existe un contexto que tenemos que considerar. Resulta que todos los discípulos han huido por miedo a las represalias. Sólo quedan junto a la cruz las mujeres y el discípulo Juan. Las mujeres jamás lo han abandonado durante la pasión, no lo han dejado solo. Esta información que

nos ofrece el evangelio nos muestra el contraste entre la debilidad de los discípulos y la fuerza humana de las mujeres. A lo largo de la historia de la Iglesia hallamos mujeres que han mantenido y transmitido la fe, incluso en momentos difíciles de persecución. Las mujeres son un bien precioso para la Iglesia, que merece un reconocimiento más grande en el seno de la propia Iglesia.

Pero al pie de la cruz había la presencia de María, su madre. Ella, que había cuidado y educado a Jesús y que había seguido de cerca o de lejos su misión, ahora está al pie de la cruz compartiendo su sufrimiento. Y a su lado el discípulo tan querido por Jesús. He aquí que Jesús, trascendiendo su dolor, se preocupa de la madre y del discípulo, «mujer, aquí tienes a tu hijo», «hijo, aquí tienes a tu madre». Pero el valor de este acto extremo de Cristo va más allá de una recomendación llena de amor filial. Nos revela, sobre todo, una nueva maternidad espiritual de María. Ella es la madre de todos los discípulos de todos los tiempos, porque Juan es la figura de todo creyente discípulo de Cristo. Para decirlo con pocas palabras, María es la madre de todos nosotros.

Pensemos en los santuarios marianos de todo el mundo, donde no disminuye la afluencia de creyentes, como sí disminuye en otros templos. ¡Todos buscamos a la Madre! Acogemos con devoción filial a María como madre nuestra.

Consideremos también que esta Madre dolorosa al pie de la cruz de su hijo está presente en todas las madres que sufren por la situación de sus hijos, sobre todo en las que han perdido alguno. Ellas pueden acercarse con mayor profundidad a Santa María, madre dolorosa, madre de la Iglesia.

## DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?



### **A propósito de la Cuarta Palabra:**

*«Al llegar el mediodía, toda aquella tierra quedó en oscuridad hasta las tres de la tarde. A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza: Eloí, Eloí, ¿lemá sabactani? (que significa “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”)» (Mc 15, 34)*

Esta Cuarta Palabra de Jesús es una palabra dura que hiere el corazón y que, aparentemente, podría parecer una divergencia o una ruptura entre Dios Padre y su Hijo Jesucristo. Pero hemos de entender estas palabras a partir de Getsemaní donde Jesús, por tres veces, ruega al Padre diciendo *«Padre mío, si este cáliz no puede pasar lejos sin que yo lo beba, hágase tu voluntad»* (Mt 26, 42). Jesús ha mirado a la muerte de cara. La certeza de que el Padre deseaba la salvación de todos le ha permitido permanecer firme ante la muerte. Jesús podía huir

o podía echarse atrás ante aquellos que lo juzgaban. Uno lo ha traicionado, los otros lo han abandonado, pero Él era totalmente consciente de que el Padre no lo traicionaría. El amor del Padre era la única luz que iluminaba aquella hora tan oscura.

Más bien podríamos decir que Jesús, conocedor de las Escrituras, expresa también su confianza en el Padre, citando las primeras palabras del Salmo 22, que dicen: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»* y continúa diciendo *«... Pero tú, Señor, no te alejes. Fuerza mía, apresúrate a defenderme... Señor, me has escuchado»*. Este Salmo 22, con el que reza Jesús, es la plegaria de un inocente condenado que, juntamente con la angustia de la muerte, proclama también la confianza en Dios que no lo abandona. Así pues, la resurrección de Jesús será la prueba de que el Padre no lo ha abandonado.

Cuánta gente podría recitar las palabras iniciales de este salmo, que expresan todo el dolor de la humanidad. Los que son tratados injustamente, los inocentes violentados, los abandonados y todos los descartados de este mundo...

Pero juntamente con el drama del sufrimiento y de la muerte, debemos proclamar que el mal no triunfará. La fuerza del bien, aunque parezca débil, vencerá. La fuerza del amor prevalecerá por encima de todo.

El misterio del abandono forma parte de la experiencia humana -quizá lo hemos experimentado en estos días de confinamiento-, pero en el fondo del corazón creemos que Dios no abandonará nunca a sus hijos.

Llevando en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, también la vida de Jesús resucitado se manifestará en nuestro cuerpo (2 Cor 4, 10).

## TENGO SED



### **A propósito de la Quinta Palabra:**

*«Después de esto, como Jesús sabía que ya todo se había cumplido, y para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed.» (Jn 19, 28)*

La sed era uno de los tormentos más potentes de los crucificados. Por ello, de los labios sedientos de Jesús crucificado salen estas palabras «Tengo sed».

Por otro lado, esta quinta palabra parece la continuación del citado Salmo 22, que en su versículo 16 dice *«Está reseca mi garganta como una teja, la lengua se me pega al paladar»*. Quizá por eso el evangelista precisa que estas palabras del Señor eran el cumplimiento de la Escritura.

Recordemos también que en otra ocasión Jesús había manifestado su sed cuando, sentado junto al pozo de Jacob, pide a una mujer samaritana «*Dame agua*» para acabar revelando que Él es el agua viva que brota para la vida eterna.

Así se puede comprender que la sed de Jesús trasciende la simple necesidad física. Es la sed de atraer a todas las personas al amor y a la salvación, que brotan de su cruz. De hecho, ya lo había anunciado Jesús antes de la pasión, «*Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí*» (Jn 12, 32)

Resulta sorprendente esta inversión, Jesús sediento se convierte en dispensador de agua viva, «*Si alguien tiene sed, que venga a mí; que beba el que cree en mí*» (Jn 7, 37). Estas palabras de Jesús encuentran su cumplimiento en el Gólgota cuando, de su lado abierto por la lanza de un soldado, mana sangre y agua, imagen del Espíritu Santo infundido en el corazón del creyente y prefiguración de los sacramentos de la Iglesia. Son cuestiones de un gran relieve teológico y espiritual.

Esta debería ser la doble actitud de los cristianos: dejarnos atraer por Cristo y, a la vez, ser nosotros atrayentes para otros, que puedan encontrar en nosotros y en la Iglesia un lugar de acogimiento y reposo, una fuente de agua viva que sacie la sed de los hermanos. La Iglesia no ha de actuar por proselitismo, sino por atracción. No es cuestión de número de adeptos, sino que es cuestión de amor.

El amor se manifiesta en esta sed de otros, y no sed de sí mismo. Del amor de Jesucristo aprendemos a ofrecer agua viva que sacie la sed de la felicidad, la sed de paz... la sed de Dios, que sienten nuestros hermanos.

## TODO ESTÁ CUMPLIDO



### **A propósito de la Sexta Palabra:**

*«Empaparon una esponja en el vino, la ataron a una rama de hisopop y se la acercaron a la boca. Jesús bebió el vino agrio y dijo: Todo está cumplido. Luego inclinó la cabeza y murió» (Jn 19, 29-30)*

Con mucha precaución debemos definir el significado de esta palabra de Jesús, *«Todo está cumplido»*, porque podríamos cometer un error considerando que Jesús declara que todo se ha acabado, como si supusiéramos una conciencia de fracaso, como si todo hubiese llegado a su fin. Sin embargo, no es una expresión de

finalización, sino de cumplimiento de una misión. No es la afirmación resignada de un final, sino la conciencia de haber llegado a la meta que perdurará siempre.

Jesús ve cumplida una misión que el Padre le ha confiado, el cumplimiento del gran plan de salvación para la humanidad. El evangelio de Juan subraya en muchos pasajes esta misión de Jesús, por ejemplo cuando Jesús en aquel encuentro nocturno con Nicodemo le dice «*Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él*» (Jn 3, 17). Y esta misión es fruto del amor divino, «*Dios ha amado tanto al mundo que ha dado a su Hijo único para que no se pierda ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna*» (Jn 3, 16). El tejido de estas palabras de Cristo comprende el plan de salvación de Dios, la misión de Cristo, su pasión y muerte como cumplimiento y la fe del cristiano como respuesta. Cristo muerto en el humillante patíbulo de la cruz se eleva a la realeza gloriosa de su divinidad habiendo cumplido una obra grandiosa que abarca toda la historia humana y toda la creación.

Es así como Jesús ha tomado sobre sí el pecado del mundo, y con el pecado la muerte y todas las muertes, todos los sufrimientos, todas las tragedias que, aun hoy, nos afligen. Ciertamente, la pasión y muerte de Jesús perdura hasta el fin de los tiempos.

## PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU



### **A propósito de la Séptima Palabra:**

*«Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda aquella tierra quedó en oscuridad. El sol dejó de brillar y el velo del templo se rasgó por la mitad. Jesús, gritando con fuerza, dijo: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» (Lc 23, 46)*

*«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»* es la séptima palabra pronunciada por Jesús en la cruz en el último instante de su vida, mientras el sol se oscureció y el velo del templo de Jerusalén se rasgó a la mitad. En realidad, es una plegaria dirigida al Padre, inspirada en el Salmo 31. Es la súplica del hijo a

Dios Padre, consciente de no poder confiar en las propias fuerzas humanas, sino de poder sostenerse sólo en las manos de Dios.

Consideremos, ante todo, que esta súplica empieza con la palabra *Padre*, semejante a como empezaba la Primera Palabra, que ya hemos comentado. La invocación y la súplica a Dios Padre es inclusiva. Al *Padre* confiaba el supremo acto del perdón hacia los que lo crucificaban y al *Padre* confía el último suspiro de su vida. Con esta palabra *Padre*, Jesús expresa su seguridad de que para él la muerte no es la última realidad, sino que de parte de Dios espera la vida, la certeza de que la muerte se abre al alba de la Pascua.

Por esto, la súplica de Jesús «En *tus manos encomiando mi espíritu*» se convierte en el lema del discípulo que configura su muerte a la de su Señor. Pensemos en el caso de San Esteban que, mientras era lapidado, rezaba diciendo «*Jesús, Señor, recibe mi vida*» (Ac 7, 59-60). Es importante subrayar la solidaridad del discípulo con su Señor Jesucristo.

Permanecer en las manos del Padre, como lo hizo Jesús, debe ser nuestra experiencia de espiritualidad cristiana. Todos tenemos la experiencia de la fragilidad, especialmente en estos momentos de la crisis del Coronavirus; muchos conocen de modo dramático esta fragilidad humana, por la actual crisis y por otras circunstancias. Tener conciencia real de la fragilidad de la propia vida no es para entristecernos o desanimarnos, sino para reconocer que Dios acoge nuestra fragilidad para salvarla y para hacerla resucitar.

El misterio de la Resurrección es la conclusión del abandono en las manos del Padre. La resurrección no es una cosa genérica o una idea abstracta, sino que es una persona viva y concreta. Dice Jesús *«Yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí, aunque muera vivirá»*. Dios nos ha llamado a la existencia y nos ha destinado a ser hijos adoptivos por Jesucristo (Ef 1, 4-5). Nos ha creado para conocerlo y vivir con Él por siempre. Sus manos nos acompañan por todo el camino de nuestra vida y también en su final. Las manos de Dios no nos abandonan, son manos poderosas que nos liberan del pecado y de la muerte y nos llevan al abrazo eterno de su amor. Por esto, también nosotros ahora nos unimos a la plegaria de Jesús y decimos con confianza *¡Padre, a tus manos encomiendo mi vida!*









Publicacions de la  
Catedral de Barcelona